

poner de mis tierras de la *Ribeiriña* ó de la *Murtosa*. Recíbalos á tiros.

Recostado en la vidriera, *Titó* rascaba la barba impresionado:

— Pero usted, amigo Barrolo, en la *Ribeiriña* y en la *Murtosa* tiene que pagar las contribuciones que ellos manden. Y en esos concejos tiene que aguantar las autoridades que ellos nombren. Y goza de carreteras si ellos las hacen. Y vende el carro de trigo y la pipa de vino con más ó menos provecho, según las leyes que ellos voten. Y así todo. Gonzalo no deja de acertar. Es el diablo. Quien manda es quien lucra. Mire, el animal de mi casero en Villa-Clara, ahora, para San Miguel, aumenta la renta de un cuchitril que nadie quiere porque mataran allá al verdugo de Oporto. Y el Cavalleiro ese, como *parcero*, vive de gracia en este bello palacio de Santo Domingo, con cochera, jardín y huerta.

Barrolo indicó á *Titó*, con un ¡chut! prolongado, que bajase la voz por miedo á que las regalias de Cavalleiro, así proclamadas, renovasen las furias de Gonzalo. Pero el hidalgo no se diera cuenta, atento á Juan Gouveia, que, enterrado en el canapé después de la sangría, nuevamente contaba su asombro al encontrar en Villa-Clara, al rapazuco de Gago con el recado de la gran fiesta en la Torre.

— Yo llegué á desconfiar de la fiesta cuando dieron las nueve, después las nueve y media, y

Titó sin llegar para la cena de doña Casimira. Bien, pensé, recibió, como yo, recado y marchó para la Torre. Por fin llegó, envuelto en la bufanda, y comprendí que fuera broma del señor don Gonzalo.

Pasmose el hidalgo con tan inesperada y extraña sospecha.

— ¿De bufanda? ¿*Titó* andaba esa noche de bufanda?

Bruscamente Barrolo lanzó desde el fondo de la ventana un grito de pavor:

— ¡Santo Dios! ¡Ahí vienen las Louzadas!

Juan Gouveia saltó del canapé como ante un peligro, reabotonando arrebatadamente la chaqueta; Gonzalo, atortolado, tropezó con *Titó* y con Barrolo, que retrocedían aterrados de ser vistos á través de los vidrios largos; hasta el padre Sueiro, abandonó, prudente, su rincón, donde echaba un vistazo por la *Gaceta de Oporto*. Y todos, detrás de las cortinas como soldados tras las aspilleras de una ciudadela, espiaban el paseo que el sol de las cuatro de la tarde doraba por sobre los tejados musgosos de la Cordoaria. Del lado de la calle de las Pegas, las dos Louzadas, con manteletas cortas de seda negra y pasamanería y antucás de un amarillo desvahído, avanzaban alargando por el paseo empedrado dos sombras agudas.

¡Las dos hermanas Louzadas! Secas, oscuras, casi grises, desde luengos años eran en Oli-

veira las escudriñadoras de todas las vidas, las aventadoras de todas las maledicencias, las tejedoras de todas las intrigas. Y en la desdichada ciudad no existía envidia, enredo, corazón dolorido, bolsa arrasada, ventana entreabierto, polvo en un rincón, bulto en una esquina, sombrero estrenado en la misa, tarta encomendada en las Matildes, que sus cuatro ojillos de azabache sucio no descubriesen, y que su suelta lengua, entre los dientes ralos, no comentase con malicia estridente. De ellas salían todas las cartas anónimas que infestaban la provincia; las personas devotas consideraban como penitencia esas visitas en que ellas, durante horas, charlaban levantando los brazos flacos; y siempre, por donde ellas pasasen, quedaba un surco molesto de desconfianza y de recelo. Mas ¿quién osaría rechazar á las dos hermanas Louzadas? Eran hijas del decrepito y venerando general Louzada, eran parientas del obispo, eran poderosas en la poderosa cofradía del Señor de los Pasos de la Peña, y de una castidad tan rígida, tan antigua y tan reseca, y por ellas tan espantosamente alardeada, que Marcolino, el del *Independiente*, las apodara las *Dos mil vírgenes*.

— No vienen para acá — dijo *Titó*.

Con efecto, en medio del paseo, las dos hermanas estaban paradas frente á la iglesia de San Mateo, donde una campana repicaba alegremente á bautizo.

— ¡Sí, es para acá!

Las Louzadas, decididas, embestían contra el portón de los Cuñaes. Entonces fué el pánico. Barrolo, huyendo, tropezaba con todos los muebles. Gonzalo gritaba; Gouveia, desconcertado, rebuscaba con desesperación su sombrero hongo. Sólo *Titó*, que las abominaba, y á quien ellas llamaban *Polifemo*, retiróse con serenidad, abrigando al padre Sueiro bajo su brazo fuerte, y todo el mundo huía despavorido, cuando Graciña apareció con un fresco vestido de seda color naranja, sonriendo pasmada ante aquel tropel.

— ¿Qué fué? ¿Qué fué?

Un clamor envolvió á la dulce señora amenazada.

— ¡Las Louzadas!

— ¡Oh!

Titó y Juan Gouveia, despidiéndose, apretáronle la mano, que ella les abandonó entristecida. La campana del portalón tintineara temerosa, y los fugitivos asaltaron la librería, que Barrolo cerró gritando todavía á Graciña en un raptó de inspiración:

— Esconde las sangrías.

¡Pobre Graciña! Aturdida, sin tiempo de llamar al criado, puso sobre un banco del corredor la pesada bandeja que serviría á las Louzadas, si la vieses, para edificar sobre la ciudad, y más alta que la torre de San Mateo, una historia pavorosa de «vinazo y de borrachera». Después arreglóse

delante de un espejo el peinado, y con la temeridad sencilla y risueña de los antiguos Ramires, esperó la arremetida de las terribles hermanas.

Al domingo siguiente, después del almuerzo, Gonzalo acompañó á su hermana á casa de la tía Arminda Villegas, que en la víspera, al tomar (como acostumbraba todos los sábados) el baño de pies, se escaldara y recogiera en la cama, llamando á los cinco cirujanos de Oliveira. Después acabó el cigarro bajo las acacias del Terrero de la Loza, pensando en su novela abandonada en la Torre durante esas semanas, en el lance famoso del capítulo segundo, que le tentaba y que le asustaba, el encuentro de Lorenzo Ramires con Lope de Bayao, el *Bastardo*, en el valle fatal de Canta Piedra. Y recogíase á los Cuñaes (porque prometiera á Barolo una trotada á caballo hasta el Pinar de Esteviña, para aprovechar la dulzura del domingo nubloso), cuando en la calle de las Vellas vió al notario Guedes, que salía de la confitería de las Matildes con un grueso envoltorio de pasteles. El hidalgo atravesó la calle, mientras Guedes, pesado y barrigudo, en la punta de los menudos botines de charol, descubría en una cortesía inmensa la calva célebre por el famoso tufo de cabello grisáceo que le valiera el sobrenombre de *Guedes Popa*.

— Carísimo Guedes, hágame merced de po-

nerse el sombrero. ¿Cómo está? Siempre bueno y joven... ¿Habló con el padre Sueiro? El Pereira de Riosa viene á la ciudad el jueves...

Sí, sí. El Sr. Padre Sueiro pasara por el despacho para avisar, y él presentábales los parabienes á su excelencia por el nuevo rentero...

— Hombre muy competente el Pereira. Ya hace veinte años que lo conozco. ¡Y mire vuestra excelencia la propiedad del conde de Monteagra! Todavía me recuerdo de ella, un lodazal. ¡Sólo la viña que plantó! Hombre muy competente... ¿Y vuestra excelencia con demora?

— Dos ó tres días. No se para con este calor en Oliveira. Hoy, felizmente, refrescó. ¿Y qué hay de nuevo? ¿El amigo Guedes siempre buen regenerador, leal y ardiente, eh?

Súbitamente el notario agitó el brazo, gordo y corto, en una indignación que le regó de sangre el pescuezo, las orejas cabelludas, la faz rapada, toda la cabeza y hasta las alas del sombrero blanco orlado de gasa negra:

— ¿Y quién no lo ha de ser, Sr. Gonzalo Mendes Ramires? ¿Quién no lo ha de ser? Con este último escándalo...

— ¿Qué escándalo?

El notario retrocedió.

— ¿No sabe su excelencia nada del último atropello del gobernador civil, del Sr. Andrés Cavalleiro?

— ¿El qué, caro amigo?

Crecióse Guedes sobre la punta de los botines pequeños, para exclamar hinchado:

— ¡El traslado de Noroña! ¡El traslado del infeliz Noroña!

Una señora, también obesa, dispuesta á estallar en ricas y rugidoras sedas de misa, arrastrando severamente por la mano á un muchachito que lloraba, paróse mirando á Guedes, que, con su envoltorio, su vientre y su indignación, obstruía la entrada de las Matildes. Apresuradamente el hidalgo levantó el picaporte de la puerta vidriera para dar paso á la digna señora. Después, alborozado:

— El amigo Guedes, naturalmente, va para casa. Es mi camino. Andamos y conversamos. ¿Pero quién es ese Noroña?

— Ricardo Noroña. Vuestra excelencia lo conoce. El pagador de Obras públicas.

— ¡Ah, sí, sí! ¿De manera que trasladado? ¿Trasladado arbitrariamente?

En la calle de las Brocas, por donde bajaban, en el silencio y en la soledad de las tiendas cerradas, la cólera de Guedes resonó más suelta:

— Infamemente, Sr. Gonzalo Mendes Ramires, infamísimamente. Y para Almodóvar, para los confines de Alemtejo. Para una tierra sin recursos, sin distracciones, sin familias.

Parara con los dulces contra el corazón, mirando al hidalgo con unos ojos que el estupor del caso velaba. Noroña, un empleado trabajador,

honradísimo, y ajeno á la política, absolutamente ajeno á la política. Ni de los Históricos, ni de los Regeneradores. Sólo de la familia, de las tres hermanas que sustentaba, tres flores. Y hombre estimadísimo en la ciudad. Un talento inmenso para la música. ¿El Sr. Gonzalo Ramires no lo sabe? Pues compuso cosas lindas para piano. Después, insustituible para reuniones y años. Era él quien organizaba siempre en Oliveira las representaciones de aficionados. . .

— Porque, como ensayador, crea vuestra excelencia que no hay otro, ni aun en la capital. No hay otro. Y ¡zás! de repente para Almodóvar, para el infierno con las hermanas y los muebles. ¡Sólo el piano! ¡Vea vuestra excelencia sólo el transporte del piano!

Gonzalo resplandecía.

— Es un escándalo. Me alegro extraordinariamente de haberle encontrado, mi caro Guedes. . . ¿Y no se sabe el motivo?

El notario encogió los hombros con amargura. ¡El motivo! Públicamente, como siempre en estas atrocidades, era la conveniencia del servicio.

— Pero todos los amigos de Noroña, toda la ciudad, conoce el verdadero motivo. El íntimo, el secreto, es repugnante.

— ¿Entonces?

Guedes escudriñó la calle con prudencia. Una vieja atravesaba cojeando con un cántaro á la

cadera. El notario vomitólo cavamente junto á la faz deslumbrada del hidalgo. Era que el Sr. Andrés Cavalleiro, ese infame, se enamorara de la más vieja de las hermanas Noroña, de doña Adelina, hermosísima rapaza, alta y morena: una estatua. Y rechazado (porque la muchacha, llena de juicio, ¡una perla!, percibiera la intención vilísima), ¿en quién se venga por despecho el señor gobernador civil? En el pagador. Para Almodóvar con las hermanas y los muebles. Era el pagador quien pagaba.

— Es una hazaña magnífica — exclamó Gonzalo.

— Y note vuestra excelencia — exclamaba Guedes con la mano gorda temblando por encima del sombrero —. Note vuestra excelencia que el pobre Noroña, en su candidez, deseando agradecer á sus jefes, hace pocas semanas dedicó á Cavalleiro un vals muy lindo. *La Mariposa*, un vals muy lindo. . .

Gonzalo no se contuvo y restregóse las manos triunfante.

— ¡Qué hazaña! ¿Y no se ha hablado de ella? Y en ese periódico de oposición, el *Clarín de Oliveira*, ¿ni siquiera una denuncia?

Guedes dejó caer la cabeza sobre el pecho, descorazonado. El Sr. Gonzalo Ramires conocía bien á esa gente del *Clarín*. Estilo cabriolesco y opulento. Pero para explicar, en un caso gravísimo como el de Noroña, la verdad bien des-

nuda, poco nervio, ninguna valentía. Además, Biscaíño, el director, desea pasarse subterráneamente á los Históricos. ¿El Sr. Gonzalo Ramires no se enteró? Después, ¿cómo probar la infamia? Cosas íntimas, cosas de familia. No se podía presentar la declaración de doña Adelina, muchacha virtuosísima y con unos ojos. . . ¡Ah, si fuese en el tiempo de Manuel Justino, el de la *Aurora de Oliveira*! Ese era hombre capaz de estampar en la primera plana en letra grande: «¡Alerta, que la autoridad superior del distrito intentó llevar la deshonra al seno de la familia Noroña!»

— Ese era un hombre. ¡Cuitado! . . . Ahí está en el cementerio de San Miguel. . . Y ahora, señor Gonzalo Mendes Ramires, el despotismo campea desenfrenado.

Bufaba al terminar aquel fogoso desahogo. Doblaban callados la esquina de las Brocas hacia la calle, nuevamente empedrada, de la Princesa Doña Amelia.

Y en la segunda puerta paróse Guedes, sacando del bolsillo el llavín y ofreciendo á su excelencia donde descansar.

— No, no, gracias, mi caro amigo. . . Tuve inmenso placer, inmenso placer en encontrarlo. Esa historia de Noroña es tremenda. Pero nada me espanta del señor gobernador civil. En fin, no toda la gente buena yace en el cementerio de San Miguel. . .

Desde la calle de la Princesa Doña Amelia hasta el paseo del Rey, Gonzalo corrió con el deslumbramiento de quien descubre un tesoro y lo lleva debajo de la capa. Él, con efecto, llevaba el «escándalo», el escándalo que tanto rebuscara para pulverizar al señor gobernador civil en su fiel ciudad de Oliveira, donde le levantaban arcos de laurel. Y por una merced de Dios, el escándalo demolería también al hombre en el corazón de Graciña, donde, á pesar del antiguo ultraje, permanecía como un gusano en un fruto, agujereándole y estragándole. No dudaba de la eficacia del escándalo. Todo Oliveira se revolvería contra la autoridad mujeriega, que oprime y destierra un funcionario admirable porque la hermana del pobre señor recusó la baba de sus besos. ¿Y Graciña? ¿Cómo resistiría Graciña aquel desengaño? ¡Oh, el escándalo era soberbio! Sólo restaba que estallase bien ruidoso sobre los tejados de Oliveira y sobre el pecho de Graciña, como un viento benéfico que limpia los aires corrompidos. Y de rodar ese viento por todo el Norte se encargaba él. Libertaba á la ciudad de un gobernador detestable y á Graciña de un mal sueño. Y así, trabajaba *pro patriá et pro domo*.

En los Cuñaes, corrió al cuarto de Barrolo, que se vestía tarareando el *Fado de los Ramires*, para decirle que no podía acompañarle á Estevíña. Tengo que escribir urgentemente. Y no suabas, no me perturbes. Necesito sosiego.

Ni atendió á las protestas desoladas que formulara Barrolo en el corredor. Subió la escalera. En su cuarto, después de quitarse rápidamente la chaqueta y de despejar la cabeza con agua de Colonia, sentóse ante la mesa donde Graciña colócala siempre entre flores el monumental tintero del tío Melchor. Y sin obstáculo de ningún género, en uno de esos sueltos de prosa fluida que brotan de la pasión, improvisó una correspondencia rencorosa para la *Gaceta de Oporto* contra el señor gobernador civil. El título fulminaba: *Monstruoso atentado*. Sin descubrir el nombre de la familia Noroña, contaba minuciosamente como un acto cierto, «la tentativa villana y baja de la primera autoridad del distrito contra la pudicia, la paz de corazón y la honra de una dulce muchacha de diez y seis primaveras». Después hablaba de la resistencia desdeñosa «que la noble niña opusiera al Don Juan administrativo, cuyos enormes mostachos son el espanto de los pueblos.» Por fin venía «el atropello torpe y sin nombre que su excelencia tomara sobre el celoso empleado (que es también un artista de talento), obteniendo de este nefasto Gobierno que fuese trasladado, ó, mejor dicho, arrojado y cruelmente desterrado con la familia — tres delicadas señoras — para los confines del reino, para la más árida y escasa de nuestras provincias, por no poderlo empaquetar para Africa en los sórdidos bodegones de una

fragata». Lanzaba después algunos rugidos sobre «la agonía política de Portugal». Con pavor triste recordaba los peores tiempos del absolutismo, la inocencia soterrada en las mazmorras, el placer desordenado del príncipe, siendo la expresión única de la ley. Y terminaba preguntando al Gobierno si ampararía á este su agente, «á este grotesco Nerón, que, como el grande, el de otro tiempo, en Roma, intentaba llevar la seducción al seno de las mejores familias, y cometía esos abusos de poder, motivados por lascivias de temperamento, que fueran siempre, en todos los siglos y en todas las civilizaciones, la execración del justo». Firmaba, *Juvenal*.

Eran casi las seis cuando bajó á la sala, ligero y resplandeciente. Graciña martilleaba el piano estudiando el *Fado de los Ramires*, y Barrolo (que no se atreviera á dar el paseo solo) hojeaba, extendido en el canapé, una famosa *Historia de los crímenes de la Inquisición*, que comenzara de soltero.

— Estoy trabajando desde las dos — exclamó Gonzalo abriendo la ventana —. Quedé derrenegado. Mas, loado sea Dios, hice obra de justicia. De esta vez, el Sr. Andrés Cavalleiro va abajo de su caballo.

Barrolo cerró inmediatamente el libro, inquieto por aquellas palabras.

— ¿Hubo alguna cosa?

Y Gonzalo, plantado delante de él, sonaba en el bolsillo el dinero y las llaves.

— Casi nada. Una bagatela que es una infamia. Para nuestro gobernador civil, las infamias son bagatelas.

Bajo los dedos de Graciña, el *Fado de los Ramires* languideció en un murmurio incierto.

Barrolo esperaba intrigado:

— Desembucha.

Gonzalo desahogó con estruendo:

— Pues una hazaña inmensa, hombre. El Noroña, el pobre Noroña, perseguido, despeñado, expulsado. Con la familia... Para el infierno, para el Algarve.

— ¿Noroña el pagador?

— Noroña el pagador. Fué el infeliz pagador quien pagó.

Y desarrolló la historia lamentable. El señor Andrés Cavalleiro, enamorado de la hermana más vieja de Noroña, y poniéndole los puntos con flores, cartas, versos, suspiros todas las mañanas por delante de la ventana. Hasta le soltó, á lo que parece, una vieja, una alcahueta. Y la muchacha, llena de dignidad, impasible. Ni se daba cuenta. Era una risa en casa de las Noroñas, al té con la lectura de la versallada ardiente en que él la trataba de «ninfa, de estrella de la tarde». En fin, una sordidez funambulesca.

El pobre *Fado de los Ramires* desbandóse por

el teclado en un tumulto de gemidos desconcertados y ásperos.

— ¡Y yo no haber oído nada! — murmuraba Barrolo asombrado —. Ni en el club ni en la Arcada.

— Pues mi amigo, quien oyó, y un famoso estampido, fué el pobre Noroña. Arrojado para el fondo de Alemtejo, para un sitio lleno de pantanos. Es la muerte. Es una condenación á muerte.

A esta aparición de la muerte surgiendo de los pantanos, Barrolo dióse una palmada en la rodilla, desconfiado.

— Pero ¿quién diablo te contó todo eso?

El hidalgo de la Torre miró al cuñado con desdén y con piedad.

— ¿Quién me contó? ¿Y quién me contó que D. Sebastián muriera en Alcázar-Kebir? Son los hechos. Es la historia. Todo Oliveira lo sabe. Casualmente Guedes y yo conversamos esta mañana sobre el caso. Pero yo ya lo sabía. Y me ha dado pena. ¡Qué diablo! No hay crimen en estar apasionado como el pobre Andrés. Loco perdido. Hasta lloró en el despacho delante del secretario. Ahora bien, donde hay crimen, y horrendo, es en la persecución al hermano, al pagador, empleado excelente, de un raro talento, y el deber de todo hombre de bien, que se precie de digno, es denunciar la infamia. Yo, por mi parte, cumplí ese deber. Y con cierto brillo, loado sea Dios.

— ¿Qué hiciste?

— Enterré en los hígados del señor gobernador civil mi buena pluma de Toledo.

Barrolo, impresionado, pellizcábase la piel del cuello. El piano enmudeciera. Súbitamente Gonzalo sintió en aquella inmovilidad sofocada, el despecho que la traspasaba. Sensibilizado, para libertarla de aquella situación, corrió al piano batiéndole con cariño los hombros inclinados que se estremecían:

— Tú no aciertas con ese lindo *fado*, Graciña. Deja que yo te canturree una estancia á la manera de Videiriña. . . Pero primeramente sé un ángel. Grita ahí en el corredor que me traigan una copa de agua bien fresca del pozo viejo.

Ensayó las teclas entonando versos al acaso:

En esta magna batalla,
cuatro valientes Ramires...

Graciña desapareciera sin rumor. Entonces el buen Barrolo, que enrollaba un cigarro con pensativo cuidado, desahogó sobre Gonzalo la certeza que lentamente le invadiera:

— Gonzalo, esa hermana de Noroña es un mujerón soberbio. Pero lo que yo no admito es que ella se hiciese la interesante. ¿Con Cavalleiro, buen rapaz y gobernador civil? No lo creo. Cavalleiro se aprovechó.

Y con los carrillos brillantes de admiración:

— Para caballos y mujeres no hay otro en Oliveira.